

CAPITULO IV

Mil veces estuvo Osvaldo, durante los primeros dias de su viaje, para volver á buscar á Corina; pero los motivos que le arrebatában, vencieron su deseo: en el amor es un paso decisivo haberle vencido una vez; ya se desvaneció el prestigio de su omnipotencia.

Al acercarse á Inglaterra, se renovaron en el alma de Osvaldo todos los recuerdos de la patria: el año que acababa de pasar en Italia no tenia conexión con ninguna otra época de su vida; parecía como una aparición brillante que habia herido su imaginación; mas no unido enteramente las opiniones ni las inclinaciones que hasta entónces compusieron su existencia. Hallábase de nuevo á sí mismo; y aunque el sentimiento de verse separado de Corina le impedía experimentar ninguna impresión de felicidad, adquiría otra vez cierta firmeza de ideas, desvanecida por aquel vago encantador de las bellas artes y de Italia. Apénas puso el pié en el suelo de Inglaterra, le sorprendieron el orden y la comodidad, la riqueza y la industria que donde quiera se le presentaban; á su vista se despertaron con mayor fuerza las inclinaciones, los hábitos, y la afición á ciertos objetos que nacieron con él. En aquel

país, donde tienen los hombres tanta dignidad, y las mujeres tanto recato, donde la felicidad doméstica es el vínculo de la felicidad pública, solo para compadecerla pensaba Osvaldo ya en Italia. Parecía que en su patria la razon humana se hallaba mas noblemente estampada por todas partes, mientras en Italia, bajo muchos respetos, únicamente recuerdan las instituciones y el estado social, la confusión, la debilidad y la ignorancia. Las pinturas seductoras y las impresiones poéticas daban lugar en su corazon al sentimiento profundo de la libertad y de la moral; y aunque siempre amaba á Corina, desaprobaba suavemente que no se hubiese hallado bien en una region, á su parecer, tan prudente y tan noble. En fin, si hubiese pasado de un país donde divinizaron la imaginación, á otro país árido ó frívolo, todos sus recuerdos, y toda su alma le habrían llamado con imperio hácia Italia; pero trocaba el deseo indefinido de una felicidad novelesca por el orgullo de los verdaderos bienes de esta vida, la independéncia y la seguridad: volvía á la existencia propia de los hombres, la acción con objeto. La meditación es mas bien patrimonio de las mujeres, de esos seres débiles y resignados desde la cuna; el hombre quiere obtener lo que anhela, el hábito del valor, y el sentimiento de la fuerza le irritan contra su destino, si no consigne gobernarle segun sus deseos.

Osvaldo encontró en Lóndres á los amigos de su

niñez; oyó hablar aquella lengua enérgica y vigorosa que indica mas sentimientos que expresa; volvió á ver aquellos semblantes graves que improvisamente se despliegan cuando triunfan de su reserva habitual afectos profundos; halló otra vez el placer de hallar descubrimientos en los corazones que se manifiestan por grados á la vista del observador; en fin, sintió que estaba en su patria, y quien no salió nunca de ella ignora por cuantos vínculos posee nuestro amor. Sin embargo, Osvaldo no separaba la memoria de Corina de ninguna de sus impresiones; y como crecia su afecto á Inglaterra, y se sentia mayor repugnancia á dejarla de nuevo, todas sus reflexiones le confirmaban en las resoluciones de hacer á Corina su esposa, y establecerse en Escocia con ella.

Ansiaba embarcarse para volver mas presto, cuando llegó la orden para suspender la salida de la expedicion en que iba su regimiento; pero decian al mismo tiempo que de un dia á otro cesaria la suspension, y era tanta la incertidumbre acerca de este punto, que ningun oficial tenia la libertad para disponer de quince dias. Esta situacion hacia desgraciadísimo á lord Nelvil; padecia cruelmente por verse ausente Corina, y no tener tiempo ni poder para formar ó seguir ningun plan duradero. Pasó seis semanas en Lóndres sin tratar con nadie, únicamente pensando en el instante de ver á Corina, y padeciendo mucho por el tiempo que le precisaban

á pasar léjos de ella. En fin, determinó emplear aquellos dias de espectacion en visitar á lady Edgermond, en el Northumberland, y persuadirla á que reconociese á Corina de un modo auténtico por hija de lord Edgermond, declarando falsa la voz de su muerte; porque sus amigos le enseñaron los papeles públicos en que se habian insertado insinuaciones injuriosas sobre la existencia de Corina, y sintió un deseo vehementísimo de restituirla á la clase, y al aprecio que merecia.

CAPITULO V

Partió lord Nelvil para la hacienda de lady Edgermond; pensaba conmovido que iba á ver la mansion donde Corina pasó tantos años; al paso que tambien sentia alguna turbacion por la necesidad de hacer entender á lady Edgermond que se hallaba resuelto á renunciar á su hija, y la confusion de estos varios sentimientos le agitaba y le hacia cavilar. Los sitios por donde transitada adelantándose hácia el norte de Inglaterra, le recordaban á Escocia cada vez mas, y la memoria de su padre, presente siempre en su fantasia, penetraba mas y mas en su corazon.

Al llegar á casa de lady Edgermond le admiró el buen gusto que reinaba en la disposicion del jardin y del palacio; y como la señora de la casa no se hallaba aun pronta para recibirle, paseóse por el parque, y divisó á lo léjos, por entre las hojas, á una jóven del mas airoso cuerpo, con cabellos rubios de portentosa hermosura, contenidos apénas en un sombrerillo. Estaba leyendo con suma atencion; y Osvaldo conoció á Lucila, aunque no la habia visto en tres años, y en el tránsito de la infancia á la juventud, se habia aumentado su beldad de un modo pasmoso. Acercóse á ella, saludóla, y olvidándose de que se hallaba en Inglaterra, quiso cogerla de la mano para besársela respetuosamente, segun el estilo de Italia; retrocedió la jóven dos pasos, sonrojóse en extremo, y haciéndole una profunda corte-sía, le dijo: — Caballero, voy á avisar á mi madre que deseais verla, — y se ausentó. Lord Nelvil quedó admirado de aquel aire majestuoso y modesto, y de aquel semblante angelical.

Esta era Lucila, que apénas entraba en los diez y seis años: tenian sus facciones suma delicadeza; su estatura quizá era demasiado alta; porque en su ademan se advertia alguna flaqueza; y en su tez hermosísima se sucedian á cada momento la palidez y el rubor. Hallábanse sus ojos azules inclinados con tanta frecuencia hácia el suelo, que ciertamente su fisonomía estaba en aquella delicadeza de su tez, que descubria sin querer ella las impresio-

nes que ocultaba de todas maneras su profundo recato. Desde que viajaba por el mediodía, se borró de la mente de Osvaldo la idea de semejante figura, y de semejante expresion. Sobrecogióle un sentimiento de respeto; arrepintióse de haberse llegado con aquella especie de confianza; volviendo al palacio, despues que Lucila entró en él, pensaba en la celestial pureza de una tierna doncella, que jamas se apartó de su madre, y que nada conoce de la vida sino el cariño filial.

Lady Edgermond estaba sola cuando entró á visitarla lord Nelvil; habiala visto dos veces con su padre algunos años ántes; mas fijó muy poco entón-ces la atencion, en lugar que ahora la observó con cuidado para compararla con el retrato que Corina le habia hecho; parecióle verdadero, por muchos respectos; pero creyó advertir en los ojos de lady Edgermond mas sensibilidad que Corina le atribuyó, y se persuadió que no estaba hecha como él á adivinar las fisonomías reservadas. Su primer interes con lady Edgermond era determinarla á reconocer á Corina, anulando cuanto habian dispuesto para hacerla pasar por muerta. Empezó, pues, la conversacion hablando de Italia, y de los deleites que en ella habia hallado. — Es una mansion divertida para un hombre, respondió lady Edgermond; pero sentiria que una mujer, por quien me interesara, se hallase en ella contenta mucho tiempo. — No obstante, respondió lord Nelvil, sentido ya de aquella

insinuacion, allí he encontrado la mujer mas distinguida que he conocido jamas. — Puede ser en cuanto al entendimiento, replicó lady Edgermond; pero un hombre apreciable busca otras prendas en la compañera de su vida. — Y tambien las halla, interrumpió Osvaldo acalorado. — Iba á proseguir, y á explicar sin rebozo lo que hasta entónces habian los dos indicado; pero entró Lucila, y se acercó á hablar á su madre al oido. — No, hija mia, respondió en voz alta lady Edgermond, no puedes ir hoy á ver á tu prima; debes acompañar á comer á lord Nelvil. — Lucila al oir esto se sonrojó mas que en el jardín, y sentándose junto á su madre, tomó de encima de la mesa una labor de bordado, y se puso á trabajar, sin levantar nunca los ojos, ni mezclarse en la conversacion.

Casi impacientó á lord Nelvil con su silencio, porque Lucila no ignoraba verosímilmente que habian tratado de unirlos; y aunque su preciosa figura le causaba cada vez mayor impresion, se acordó de cuanto Corina le habia dicho acerca del efecto probable de la educacion que lady Edgermond daba á su hija. Generalmente en Inglaterra las solteras tienen mas libertad que las mujeres casadas, y así la razon como la moral explican esta costumbre; pero lady Edgermond la quebrantaba, no por lo tocante á las mujeres casadas, sino á las jóvenes, y era de dictámen de que en todas situaciones convenia en su sexo la mas rigurosa reserva. Lord Nelvil que-

ria declarar á lady Edgermond sus intenciones con respecto á Corina, apénas se viese solo con ella otra vez, mas Lucila no se salió, y lady Edgermond mantuvo la conversacion hasta la hora de comer, con sencilla razon y con un juicio firme, que la hizo respetar de lord Nelvil. Habria deseado oponerse á aquellas opiniones tan resueltas sobre todos puntos, y muchas veces no acordes con las suyas; mas conocia que si soltaba una palabra contraria á las ideas de lady Edgermond, le daria de sí una opinion imposible de mudar; y vacilaba en aquel primer paso del todo irreparable con una persona que no admitia distinciones ni excepcion alguna, y juzgaba de todas las cosas por reglas generales y positivas

Avisaron que estaba la comida en la mesa; y Lucila se acercó á su madre para darle el brazo, á cuyo tiempo advirtió Osvaldo que lady Edgermond andaba con mucho trabajo. — Tengo, dijo á lord Nelvil, una enfermedad dolorosísima, y acaso mortal. — Lucila perdió el color al oir estas palabras; y notándolo lady Edgermond, repuso con suavidad: — El cuidado de mi hija, empero, me ha salvado la vida una vez, y quizá me salvará mucho tiempo. — Lucila inclinó la cabeza para que no advirtiesen su enternecimiento: y cuando la levantó, aun estaban bañados sus ojos en lágrimas; pero no se habia atrevido á coger siquiera la mano á su madre; todo habia pasado allá dentro de su corazon, y no pensó en

los demas sino para ocultarles lo que sentia. Entre tanto Osvaldo estaba hondamente conmovido de aquella modestia, de aquella sujecion en reprimirse; y su fantasia, alterada poco ántes por el poder de la pasion, se complacia en mirar la inocencia, y como que veia en torno de Lucila una nube que descansaba deliciosamente la vista.

Durante la comida, queriendo Lucila evitar á su madre las mas leves molestias, lo servia todo con incesante esmero, y lord Nelvil no oyó el metal de su voz sino cuando le ofrecia de los diferentes manjares; pero aquellas palabras, casi sin sentido, sonaban con encantadora dulzura, y lord Nelvil se preguntaba á sí mismo cómo era posible que manifestasen toda un alma los movimientos mas sencillos, y las mas comunes palabras. — Es menester, repetia entre sí, el genio de Corina que excede á cuanto la imaginacion puede desear, ó esos velos misteriosos del silencio y de la modestia, que permiten á cada hombre suponer las virtudes y los sentimientos que desea. — Levantáronse de la mesa lady Edgermond y su hija, y lord Nelvil intentó seguirlas; pero lady Edgermond era tan inmediatamente fiel á la costumbre de salirse á los postres, que le dijo permanecièse en la mesa hasta que ella y su hija preparasen el té en la sala, donde lord Nelvil se juntó con ellas un cuarto de hora despues. Pasó la tarde sin lograr hallarse solo un instante con lady Edgermond, porque no se apartó Lucila; no sabia

qué hacer, é iba á partir para la ciudad inmediata, proponiéndose volver al dia siguiente para hablar á lady Edgermond, cuando ella le pidió se quedase aquella noche en su palacio. Aceptó al punto, sin dar mayor importancia á aquel ofrecimiento, y no obstante se arrepintió, porque creyó notar en las miradas de lady Edgermond que consideraba su detencion allí, como una razon de pensar que todavia aspiraba á su hija: y esto fué un nuevo fundamento para decidirle á solicitar en el mismo instante una conversacion que ella señaló para la mañana del siguiente dia.

Hizose lady Edgermond llevar á su jardin; y Osvaldo le ofreció su brazo para ayudarla á dar algunos pasos: miróle fijamente lady Edgermond, y luego le dijo: — Bien, vamos. — Le dió Lucila el brazo de su madre, diciéndole en voz sumamente baja, porque su madre no lo oyese: — Milord, id poco á poco. — Lord Nelvil se estremeció de aquellas voces dichas en secreto. Así habria podido dirigrle una palabra tierna aquella figura angelical no hecha, al parecer, para los cariños de la tierra. No pensó Osvaldo que su conmocion en aquel instante fuese una ofensa para Corina, creyóla solamente un homenaje á la pureza celestial de Lucila. Volvieron al palacio á la hora de la oracion de la noche, que lady Edgermond hacia diariamente en su casa, reuniendo á todos sus criados. Hallábanse juntos en el salon bajo, la mayor parte eran enfermos y

ancianos; y habian servido al padre de lady Edgermond y al de su esposo. Conmovióse Osvaldo al ver aquel espectáculo que le recordaba lo que tantas veces habia presenciado en la casa paterna: arrodilláronse todos, ménos lady Edgermond, á quien no lo permitia su dolencia; mas juntó las manos, y bajó los ojos con respetable recogimiento.

Lucila estaba de rodillas al lado de su madre, y se encargó de la lectura, primero de un capítulo del Evangelio, y despues de una oracion adecuada á la vida rural y doméstica: habíala compuesto lady Edgermond, y tenian sus expresiones cierta severidad opuesta al sonido de voz tímido y suave de su hija al leerlas; pero aquella severidad misma aumentó el efecto de las últimas palabras que Lucila pronunció con trémulo acento. Despues de orar por los criados, por los parientes, por el rey, y por la patria, dijo: « Haznos tambien, Dios mio, la gracia de que la niña de esta casa viva y muera sin manchar su alma con un pensamiento siquiera, ni siquiera con un sentimiento que no sea conforme á sus obligaciones; y que su madre, ya próxima á volver junto á ti, logre el perdon de sus propias culpas en nombre de las virtudes de su única hija. »

Lucila repetia esta oracion todos los días; pero aquella noche, presenciándola Osvaldo, se enterneció mas que acostumbaba, y soltáronse de sus ojos algunas lágrimas ántes de acabar la lectura, ni poder cubrirse el rostro con las manos, y ocultar á

todos su lanto. Mas Osvaldo las vió correr, y se le llenó el corazon de un enternecimiento mezclado con respeto, contemplando aquel aire juvenil tan próximo á la infancia, y aquel mirar que conservaba, al parecer, la memoria reciente del cielo. Un rostro tan hermoso, entre tantos rostros que todos pintaban la vejez ó la enfermedad, parecia imagen de la piedad divina: y Osvaldo reflexionaba sobre aquella vida de Lucila, tan austera y tan retirada, sobre aquella belleza incomparable, privada de todos los placeres y de todos los obsequios del mundo, y su alma se penetró de la mas pura conmocion. Tambien la madre de Lucila merecia y lograba respeto; era severa todavia mas consigo misma que con los demas: los límites de su entendimiento debian atribuirse mas bien al extremado rigor de sus principios, que á falta de inteligencia natural, y en medio de toda las obligaciones que se habia impuesto, y de todas su inflexibilidad natural y adquirida, tenia una pasion á su hija, tanto mas profunda, cuanto la aspereza de su carácter procedia de una ternura reprimida, y daba nuevo vigor al único afecto que no habia sofocado.

A las diez de la noche reinaba por todas partes en la casa el silencio; y Osvaldo pudo reflexionar libremente sobre el dia que acababa de pasar. No queria confesarse á sí mismo que Lucila habia hecho impresion en su alma: acaso no era aun cierto; pero aunque Corina encantaba la imaginacion de

mil maneras, cierta especie de ideas, cierto sonido musical, si es lícito decirlo así, solo se acordaba con Lucila : las imágenes de felicidad doméstica se unian mas fácilmente con el retiro de Northumberland, que con el carro triunfante de Corina ; en fin, Osvaldo no podia dejar de conocer que Lucila era la esposa que su padre le hubiera escogido ; pero amaba á Corina, y poseia su amor ; habia jurado no formar jamas otros vínculos, y bastaba para que persistiese en la intencion de declarar al otro dia á lady Edgermond su propósito de dar la mano á Corina. Durmióse pensando en Italia ; y no obstante le pareció, entre sueños, que veia pasar velozmente á Lucila en figura de un ángel : despertó, y quiso apartar de su memoria aquella imagen, mas volvía una vez y otra vez, y en la postrera que se le presentó, voló, al parecer, la figura, y tornó á despertarse, sintiendo ya no poder detener aquel objeto que se desvanecia delante de sus ojos. Comenzaba á rayar el dia ; y bajó Osvaldo á pasearse al jardin.

CAPITULO VI

Acababa de salir el sol, y lord Nelvil presumia que nadie estaria levantado, mas engañábase ; Lucila

se hallaba ya dibujando al balcon ; y el viento movia sus cabellos, sueltos todavía, cual si fuese la misma figura del sueño de lord Nelvil, de forma que un momento se conmovió como si viese una aparicion sobrenatural. Pero despues se sonrojó de que le hubiese alterado tanto una cosa tan sencilla. Permaneció algun tiempo delante del balcon y saludó á Lucila, mas no pudo corresponderle, porque no levantaba los ojos de su labor. Continuó, pues, su paseo, y habria deseado mas que nunca ver á Corina para que disipase las impresiones vagas que no acertaba á explicar : agradábale Lucila como una cosa desconocida ; y quisiera que Corina desvaneciese aquella leve imagen que á cada instante se le ofrecia con nuevas formas.

Volvió á la sala, y encontró á Lucila colocando el dibujo que acabada de hacer en un marquito oscuro, enfrente de la mesa del té de su madre. Vió Osvaldo el dibujo ; era únicamente una rosa blanca sobre su vástago ; pero dibujada con suma gracia. — ¿ Sabeis pintar ? le dijo Osvaldo. — No, milord, solo sé imitar flores, y aun las mas fáciles ; aquí no hay maestro, y lo poco que he aprendido lo debo á algunas lecciones de mi hermana. Al decir esto suspiró. Lord Nelvil se sonrojó mucho, y le dijo : — Y esa hermana qué ha sido de ella ? — Ya no vive, repuso Lucila ; pero siempre la lloraré. — Osvaldo entendió que Lucila se hallaba engañada, como todos, sobre la suerte de su hermana ; pero aquella palabra : siempre la llo-